



Una flor del mal
Miquel Molina

DESTINO

Una flor del mal

Miquel
Molina

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1287

© Miquel Molina, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2014
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2014

ISBN: 978-84-233-4788-9
Depósito legal: B. 2.750-2014
Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

- © de la imagen de la página 6, Bridgeman Art Library/Index.
Mujer española, 1855, Gustave Courbet Philadelphia Museum of Art,
Pennsylvania, USA.
- © de la imagen de la página 136, Eric Lessing/Album. *La amazona*, 1856,
Gustave Courbet, Metropolitan Museum of Art, New York.
- © de la imagen de la página 269, The Winterthur Library, Joseph Down
Collection

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por
cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación
u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la
propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar
con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono
en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Si en plena madurez sospechas que acabas de conocer a la heroína de tus novelas de juventud, lo mejor que puedes hacer es ignorarla, dejar que sus mensajes se marchiten en la bandeja de entrada. No renuncies alegremente a tu soledad. Si la muchacha no te tienta más es porque no estabas llamado a ser el héroe de su novela. Y si lo eres, ya se encargará ella de que te enteres.

Es este asunto el que hoy le retiene más de la cuenta en la cama. Le da vueltas y vueltas. A pesar de las apariencias, se podría afirmar de él que es un hombre poco dado a reflexionar. De hecho, cuando le surge una duda, cotidiana o trascendente, se dice a sí mismo que ya llegará el momento de plantearse si obra bien o mal, si debería preocuparse o si, por el contrario, hace bien en archivar los problemas en cajones de la memoria. A menudo opta por lo segundo y despeja así sus preocupaciones: ya pensará cuando el derecho a pensar sea lo único que le quede en la vida.

Esta mañana de enero, Guillermo Jiménez sigue al pie de la letra este principio cuando decide almacenar en un cajón de la memoria a la mujer que amenaza con perturbar su paz interior. Hace sólo unos días que comenzó el intercambio de frases sugerentes entre ambos y el desvarío no ha llegado aún a un punto de no retorno, pero algo le dice que éste será un asunto difícil de archivar.

Después de prolongar todo lo posible la ducha matinal, se pone ropa cómoda y se dispone a preparar la lec-

ción del día. Todavía tiene un buen rato antes de la primera clase. Se sirve un café fuerte y merodea por la librería en busca de inspiración para desarrollar una idea que le ronda. Las estanterías llenas de libros ocupan tres de las cuatro paredes de su piso, pero también los tiene apilados sobre el respaldo del sofá, en la mesita del televisor y encima de los radiadores. Coge un par y los hojea. Es su método de inspiración preferido desde que empezó a ejercer de profesor. Le gusta pasear la mirada por los títulos en busca de conceptos chocantes que puedan acabar relacionándose entre sí. El objetivo es resultar ingenioso y no aburrir a los alumnos.

Pero, una vez más, los buenos propósitos le duran poco. Pasados unos minutos sucumbe a la tentación de encender el portátil y abrir otra vez la web de contactos a la que está abonado. Para un tipo divorciado cuya vida social se desarrolla sobre todo en internet resulta siempre sugerente pasar revista a su cotización diaria en la bolsa de los afectos y el atractivo sexual. La clase, además, puede prepararla después. Sus alumnos del instituto no se lo tendrán en cuenta. Ni siquiera notarán que está improvisando.

Y se presenta:

www.date.com

guillermosoares, contraseña Lisboa.

Éste es el nombre falso con el que navega.

En ratos libres como éste se limita a comprobar en la bandeja de entrada si ha recibido alguna respuesta a sus mensajes de la noche anterior. Manda muchos en sus horas de navegación compulsiva. A veces, con la misma frase copiada una y otra vez, aunque introduciendo matices según quién sea la destinataria. Frases del tipo «Buenas noches, mujer sin nombre, ¿eres de verdad una treintañera francesa? ¿Hay un hotel con vistas cerca de tu casa?».

Esta mañana encuentra tres mensajes. El primero pertenece a una atractiva rubia de Carolina del Sur con la que, tras una breve incursión en el cibersexo, ha acabado chateando de política. Es una ferviente defensora

de Obama que se sintió atraída por el perfil de Guillermo:

«Guillermosoares, 1,75. 76 kilos. Delgado. 1954. Divorciado sin hijos. Detesto las mascotas. No fumador. No necesariamente *easy-going*. No estoy buscando a la mujer de mis sueños ni quiero ser el sueño de nadie. Abstenerse princesas. Sólo busco diversión & amor & buena conversación. O cualquier otra cosa. *Celebrity* más parecida: mi padre. No necesariamente fácil de tratar, no necesariamente adorable. Nunca, en cualquier caso, alguien cuya máxima ambición sea hacer feliz a alguien. El sarcasmo será bienvenido. La ambición también. Si pudiera elegir a alguien para compartir una cena sería... la Margarita de Bulgakov o tú».

El segundo mensaje que encuentra en su bandeja este 28 de enero lo envía una mujer que le ha cautivado por la foto de su perfil. La chica, una belleza que reside en algún lugar de Rusia, se presenta a sí misma como Dreamcometrue3, lo que le induce a pensar que también existen, como mínimo, un sueño hecho realidad 1 y un sueño hecho realidad 2. Dreamcometrue3 le propone una relación seria, con matrimonio. Lo que la muchacha dice en su mensaje y el estilo de su escritura le recuerdan mucho a otras rusas que ha conocido en la misma página. Es como si todas utilizarasen un único guión preestablecido, o peor aún, como si los mensajes los escribiera siempre la misma persona. Con ligeras variaciones, la estructura de las cartas es siempre similar. En un inglés precario, hay expresiones de una gran cursilería que se repiten sin excepción: *loving man, soul mate, fulfill my dreams...* ¿Quién las escribe? ¿Ellas mismas o alguien que se encarga de procurarles marido en países extranjeros más prósperos que sus míseras ciudades de la Rusia rural?, se pregunta. Lo que más sorprende a Guillermo es que sea quien sea quien le responde al otro lado de la web, ni siquiera se ha molestado en leerse su perfil. De haberlo hecho, ninguna de aquellas chicas habría perdido un minuto intentando convertirse en la mujer de sus sueños.

Guillermo se entretiene a veces provocando. Exige fotos excitantes y pretende saber interpretar la línea de la vida en las espaldas desnudas de las mujeres.

Pero hoy no está para ese tipo de aventuras. Un clic en el tercer mensaje, el que ha dejado para el final, le permite reanudar la relación con la mujer que se ha convertido en su heroína más reciente, la que le ha robado —y sospecha que le acabará robando— más horas de sueño. Se llama Elisabet.

«Guillermo, príncipe accidental de mis últimas noches, hoy voy a hacerte un regalo. Mejor dicho, voy a hacerte dos regalos. De entrada, me gustaría profundizar en lo que venimos discutiendo estos días por correo. Me gustaría tener una auténtica conversación contigo. Incluso aunque resulte obvio que tú tienes mucho más que enseñarme que yo a ti. Pero he pensado que tal vez te gustaría conocer algunas opiniones espontáneas sobre cuestiones que tú has considerado axiomas a lo largo de tu vida. Y si no dispongo de una opinión sobre los temas de los que me hablas, no pretenderé que la tengo. Lo que haré, te lo prometo, será aprender sobre ello a través de ti lo más pronto que pueda. Y, a continuación, emprenderé mi propia investigación para demostrarte que estás equivocado. ¿Crees que podrás manejar una relación así, príncipe?»

Se pregunta Guillermo cuáles son esos axiomas que urge desarmar, pero sigue leyendo.

«Presta atención, porque te voy a explicar lo que haremos. A las siete de la tarde del sábado vas a estar sentado en uno de los sofás de la cafetería del hotel Colón, frente a la catedral. Nada de gafas de sol. La cara descubierta, príncipe. Si eres un impostor y has colgado en la web una foto de un hermano que tiene más encanto que tú quiero saberlo lo antes posible. Mis condiciones son éstas: yo pasearé por el salón. Te veré, y si realmente no has mentido y la foto es reciente y tienes el buen aspecto que dices que tienes (¿cómo pudiste rebajarte a rellenar los datos de al-

tura y peso en el test de date.com? ¿Tan desesperado estás como para venderte así?), me sentaré contigo. Y no intentes averiguar quién soy mientras me paseo: yo sí colgué una foto falsa y yo sí llevaré gafas de sol. No hace falta que te diga que si no me gusta lo que veo desapareceré. Nunca más recibirás un mensaje mío y me borraré de esta web. Algo más: hace muchos años que desistí de esforzarme en ser puntual. ¿Puedes soportar eso también? Tú te lo has buscado, príncipe accidental. Elisabet.»

El mensaje le ha cogido por sorpresa. No esperaba que sus expectativas se hicieran realidad tan pronto. Saber que tiene una cita con Elisabet da de repente sentido a sus noches de chateo, pero también amenaza con liquidar la rutina plácida a la que se ha acomodado tan bien. Algo confundido, repasa los mensajes que le ha enviado ella desde que empezaron a relacionarse.

Todo arrancó el día en que una tal Elisabet79 le dijo: «Guillermosoares, veo que en tus mensajes de date.com hablas con mucha ligereza sobre el Diablo, supongo que porque aspiras a impresionar a las mujeres incautas. Perdona, pero si quieres jugar realmente a esto, primero tienes que documentarte. No basta con citar cuatro ideas a propósito de una lectura mal entendida de *El maestro y Margarita*. Te recomiendo que antes de exponerte al ridículo te familiarices con el principio hermético de la dualidad y la polaridad. Todo es igual en la naturaleza; la diferencia se establece en la proporción entre lo masculino y lo femenino, lo claro y lo oscuro, la bondad y la maldad... ¿Sabríamos definir el amor sin conocer el odio, el bien sin saber del mal? Te recomiendo que pierdas unas horas leyendo a Friedrich Schleiermacher, hablarías con más conocimiento de causa. El Mal es una parte consustancial de la naturaleza, como lo son Dios o el bien. Es un instinto natural o una fuente de energía presente en el ser humano, y los medios de comunicación se aseguran de recordárnoslo cada día».

¿Schleiermacher? Aunque existiera de verdad un au-

tor llamado así, la cita le pareció a Guillermo algo forzada. Como la que figuraba a continuación:

«Bien. Ya está por hoy. Deja que te regale un poema. Es un regalo preventivo que algún día me agradecerás. Es de un poeta danés llamado Henrik Nordbrandt:

¡No ames a ninguna persona!
Cada persona ama a su vez a otra
que ama a otra. No superpuebles
tu infierno. Podría ser eterno.

Detiene el cursor sobre otro mensaje anterior de Elisabet. Cuando se lo envió, la mujer adoptaba un tono aún más trascendente. Clica:

«Duda, mi príncipe, duda y pondera. Tal vez sea ésta la palabra clave de la segunda mitad de tu vida: ponderar, algo que has practicado muy poco hasta ahora. Piensa, piensa que viajas en una nave espacial y cruzas las órbitas de los planetas y de sus lunas, valorando si te conviene o no aterrizar en ellas. Elípticas, irregulares, disparatadas órbitas que jamás habías imaginado. Leyes gravitatorias aleatorias. Astronautas reticentes, demasiado asustados como para mirar lo que está sucediendo fuera de sus aeronaves. Eso es lo que somos: astronautas reticentes».

Hasta ahora, Guillermo ha tenido serias dudas sobre las torpezas que ha podido cometer desde que empezó esta relación. Ha dudado de su propia consistencia intelectual. Ha sospechado que Elisabet tenía razón cuando le acusaba de invocar alegremente al demonio con la única intención de impresionarla. La chica sabía bien de lo que hablaba cuando se reía de él por maquillar su perfil biográfico para hacerse el interesante:

«Tu problema es que descubriste el lado oscuro en un concierto de los Cure, y a partir de ahí has construido toda tu biografía sin fundamento, mi príncipe impostor».

Nadie lo ha desenmascarado en menos tiempo.

Pero que le haya propuesto una cita y el hecho de que

lo llame príncipe le invita a pensar que tal vez no haya sido tan torpe, sino que es la forma de actuar de ella la que le hace estar a la defensiva de un modo inusual.

Se le ha hecho tarde. Sale a la terraza para comprobar la temperatura y se queda unos segundos contemplando el lejano mar de Barcelona, enmarcado entre la chimenea de la antigua fábrica Damm y los rascacielos de la Villa Olímpica. Es un paisaje que le inspira calma. Seguramente por su inmovilidad.

Cuando sale a la calle busca la acera más soleada. La mañana es fría, aunque sin exagerar. Le basta con la americana con forro impermeable que le protege el cuello. Camina con la cabeza un poco encogida para evitar el viento, las manos en los bolsillos. Guillermo ha empezado a detestar el frío conforme ha ido cumpliendo años. A sus cincuenta y seis, hasta el agua tibia del Mediterráneo le resulta gélida.

Le escuecen los ojos por la falta acumulada de sueño.

Hoy va a ser un día especial. Ayer murió J. D. Salinger, y Guillermo Jiménez piensa dedicar al escritor todas sus clases. El tema se lo merece. La ausencia de información sobre las décadas en que Salinger permaneció recluido en su domicilio, ocultándose del mundo, sugiere todo tipo de especulaciones. ¿Se pasó todos estos años escribiendo? ¿Se encontrará en algún momento un manuscrito de su puño y letra con la continuación de *El guardián entre el centeno*? ¿Se sabrá la causa de su súbita decisión de abandonarlo todo y encerrarse en casa? Estas especulaciones alimentan un misterio que, sin duda, va a interesar a sus alumnos. Ésa es la idea que le rondaba por la cabeza al salir de la ducha y que habría querido desarrollar mejor. Lástima que haya perdido tanto tiempo navegando.

Pero sabrá resolverlo, porque él suele atraer como nadie el interés de sus alumnos. Eso no le ha fallado nunca. Muy pocas veces se le escapa una clase de las manos. Hoy, además, les tiene preparada una sorpresa relacionada con el bueno de Salinger.